

*Filosofía y narración. Escolio a tres textos del exilio argentino
de Francisco Bilbao (1858-1864)*

Rafael Mondragón

Instituto de Investigaciones Filológicas – UNAM

México DF, marzo de 2015

POR SILVANA RABINOVICH

Narrar la filosofía en busca de justicia

“El narrador es la figura en la que el justo se encuentra consigo mismo”
(W. Benjamin)

¿Quién sabe leer? Probablemente, aquel que pueda responder a estas letras impresas rápidamente conteste en primera persona del singular. Sin embargo, *¿qui sapit?* Quizás, lector, cuando confíes tu mano al autor de este libro, reconozcas –como muchos de nosotros– que leer es algo más que descifrar letras en papel e incluso asimilarlas con el intelecto. Así como la música no se reduce a la sumatoria de notas en un pentagrama, leer a Francisco Bilbao de la mano de Rafael Mondragón, es *interpretar* de otro modo una partitura de las más difíciles: una escritura decimonónica latinoamericana vituperada por no dar la talla en ningún género refinado y por tratarse

de un pensamiento indisciplinable. *Quién sabe... quizás*, más que denostar una mala escritura, aprendamos a leer de otro modo, reaprendamos a leer con el cuerpo.

Contamos con un nutrido arsenal para defendernos de arduas lecturas (los diplomas garantizan nuestros pertrechos). Sin embargo, más allá de la metáfora bélica, que mediante tácticas y estrategias busca sojuzgar a ese otro al que ve como valeroso enemigo o como una presa amorosa a conquistar, el camino de lectura que enseña este libro es distinto. Leer a Bilbao, para quien lo haya intentado, no es fácil y puede causar irritación. Nos deslizamos hacia la socorrida metáfora bélico-médica... Su lectura ha sido contraindicada por eminencias del pensamiento (entre quienes destaca Domingo Faustino Sarmiento). La pugna entre facultativos alópatas y homeópatas lleva más de un siglo: el doctor Mondragón se alinea con la segunda. Consiste en tomar pequeñas dosis de aquello que irrita, en lugar de intentar vanamente destruirlo. Así, en sus escolios, nos acompaña en nuestro tránsito por indómitas páginas bilbainas.

¿Qué significa *leer la voz* estridente de Francisco Bilbao? En primer lugar, se trata de leer escuchando. Ética de la lectura, apunta Mondragón. Heteronomía, precisamos. Aquí entra en parte la narración, necesariamente oral, siempre transmitida a otro, de un pensamiento que se sabe herencia, enseñanza (*consejo* diría Benjamin a propósito del narrador). Porque Bilbao sabía que es imposible escribir solo (eso no le interesaba), sabía que el intelecto es indisoluble del cuerpo escribiente, a través del cual se manifiestan las voces de generaciones presentes y ausentes, pasadas y por venir. La memoria de Walter Benjamin resuena intermitentemente a lo largo de las páginas que siguen (hay tantas semejanzas como diferencias y una de ellas es la alegría del chileno, que no tiene nada de la esperanza kafkiana del alemán). Es inevitable relacionar la voz de Bilbao con “el timbre metálico” de Blanqui, que según el autor de las *Tesis sobre el concepto de historia* “hizo temblar al siglo pasado”, que es el mismo siglo XIX al cual el chileno hacía estremecer en nuestro continente. Su ortografía chirriante –gesto común en la escritura de su época– “saca la lengua”, en todos los sentidos, al autoritarismo hispano-letrado: lo saca de sus cabales.

¿Cómo leer a Bilbao? El método homeopático del doctor Mondragón combina gotas potentes de fragmentos de letras bilbainas con azúcar narrativo: ¿narración en la historia? de acuerdo, aunque no exclusivamente; pero ¿narración en la filosofía? Eso suena infantil y el filósofo trata de superar su condición de *infans*: una de sus artes es neológica. El autor de este libro extiende su

mano al lector mientras le va relatando –no sin temor y temblor– la trama narrativa que Bilbao descubre tanto en la filosofía como en la historia. Los géneros literarios se entrecruzan a través de esta lectura mexicana de los textos del chileno durante su exilio argentino. La Biblia (cuyas letras saltan y se alocan en el nombre *Bilbao*) es el magma de su escritura, su vena ética. El trabajo filológico erudito del presente libro se ve felizmente interrumpido una y otra vez por los *paralelismos* éticos y políticos de ayer y hoy en nuestro continente. Esto es posible por la concepción del tiempo propuesta por el chileno que, en consonancia con el tiempo mesiánico anunciado por los profetas bíblicos, interpone al futuro entre el presente y el pasado. Al modo de los profetas hebreos, para sus contemporáneos, la palabra de Bilbao suena *inaudita* (tan monstruosa como vituperable). Denuncia a la *idolatría* encarnada en el “progreso”, la “civilización”, la “democracia” o la “libertad”, en cuyo nombre, en un lenguaje eufemístico, se mancilla la dignidad humana. Este libro señala el tono, el ritmo, la escritura *profética* de un pensador exiliado cuya palabra interpela al cuerpo del lector. Aparece aquí un pensamiento que desde la inquietud ética no teme poner de manifiesto la vena teológico-política por donde circula el anhelo de justicia que caracteriza a la palabra profética. El par “justicia y caridad” vuelve una y otra vez en estas páginas, y en él repica Spinoza.

¿Por qué leer a Bilbao aquí y ahora? Decíamos más arriba que un mexicano nos acompaña para leer a un chileno exiliado en Argentina. A Francisco Bilbao le dolía México. Hoy México ante el mundo –a través del nombre Ayotzinapa– es sinónimo de duelo. La invasión napoleónica concentraba, en las páginas de *La América en peligro* (1862), una preocupación frente al colonialismo que no deja de ser actual: el lenguaje enfermo de eufemismo continúa gangrenando el presente. El poder colonial, un siglo y medio después, se vistió de iniciativa privada y avanza con tecnología y velocidad por la senda del despojo del medio natural al que reduce a “recursos”. Aludiendo a la dicotomía civilización-barbarie en el marco de la colonialidad, Rafael Mondragón ubica con justeza a Francisco Bilbao en la misma senda iniciada por Simón Rodríguez y más tarde seguida por José Martí. De éste último cita en una nota a pie de página de una actualidad prístina, que en tiempos de desastre ecológico interpela al pensamiento honesto: “No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza” (nota 268). *La ley de la historia* (1858) marca el camino y la responsabilidad de la memoria: mientras el historiador positivista canta con Sarmiento la épica del estado nacional, el historiador bilbaíno se compenetra con las resistencias de los

vencidos, con las singularidades políticas –en forma de comunidades– que se resisten a ser aplanadas por la narrativa nacionalista que anhela uniformidad. Bajo el suelo de nuestro continente corre la lava de la plurinacionalidad, que cobra fuerza y cada tanto hace erupción en distintos países. *El evangelio americano* (1864), a través del presente “escolio”, promete un tiempo de revolución. Dice el autor de este libro “Ya no sólo se trata de criticar la narrativa del progreso, sino de mostrar cómo, debajo de ella, late subterránea la pluralidad de los tiempos a la espera de su germinación: esos muchos pasados y muchos futuros conforman el horizonte desde el cual cada grupo lucha cotidianamente por preservar su dignidad; para Bilbao, en esos tiempos toma significado la experiencia de las revoluciones americanas” (p. 237). Para nosotros, hoy, Bilbao señala esperanzado el potencial revolucionario que late en la persistencia de aquellas culturas originarias que obstinadamente, por amor a la madre tierra y naturaleza descreyeron de la falsa erudición positivista (y sus oropeles de “buena vida”) y siguen en pie, ofreciendo –a quien se atreva a caminar– la senda del *buen vivir*.

Aquí y ahora, después de lo expuesto –y apenas antes de zambullirse en la paciente, generosa, pedagógica y traductora lectura de *Filosofía y narración*– sólo queda preguntarse “¿cómo no leer a Bilbao en estos tiempos de emergencia?”.